

Turismo y arquitectura



Roberto Reyes

Viajeros

El turismo tiene su remoto origen en el ansia de conocer nuevos lugares, nuevas realidades, nuevos pueblos, que siempre ha impulsado a los seres humanos a ir en pos de ellos. Es algo diferente al viaje por motivaciones económicas, a la necesidad de intercambiar productos para enriquecerse, que dio origen al comercio, y a la de sojuzgar pueblos y estados, razón esencial de la política. Estas ansias de viajar sin razones prácticas es motivada por una curiosidad irresistible que ha movido, a través de la historia, a viajeros que integraron cualidades de científicos, aventureros y artistas, antes de la era de las especializaciones y del mercantilismo, propias de la modernidad.

El punto culminante de la experiencia de los primeros viajeros que dejaron constancia de sus peripecias, lo constituía el “descubrimiento” de una civilización, patentizada por la existencia de una ciudad, o de una corte ubicada en un palacio desde el que se gobernaba un territorio. De esta manera, los “descubrimientos” de mundos nuevos culminaban en la admisión a las edificaciones más importantes y de más imponente presencia: castillos, templos, fortalezas, mansiones, etc., en los cuales se consagran las principales acciones divinas y humanas, y constituirán en el futuro las imágenes mediante las cuales se reconoce a una civilización. Así, a la sola mención del Partenón o el Coliseo Romano, ¿cómo no asociarlos con las mejores expresiones de las civilizaciones griega y romana?

Las siete maravillas del Mundo Antiguo, que encandilaban y atraían a tantos caminantes del mundo conocido entonces, son obras arquitectónicas o están integradas al contexto de construcciones de valor arquitectónico: la Pirámide de Gizeh, los jardines colgantes de Babilonia, el Templo de Artemisa en Éfeso, la Estatua de Zeus en Olimpia, el Mausoleo de Halicarnaso, el Faro de Alejandría, el Coloso de Rodas. En la Edad Media, gracias a los relatos de célebres viajeros, como Marco Polo e Ibn Batuta, así como los testimonios de quienes acompañaron a los cruzados en sus campañas en oriente medio y los informes de los misioneros en el lejano oriente, se integran a estas maravillas, las Catacumbas de Korel Shogata, la Gran Muralla China, la Torre de Porcelana de Nankín, la Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, entre otros imponentes monumentos. Estas edificaciones, además de evocar poderosos, prósperos y exóticos territorios, se imponen como muestras ejemplares de grandes culturas.

A las ansias de viajar por el mero hecho de hacerlo, se superponían o se combinaban las incentivadas por razones económicas: búsqueda de rutas a oriente, por ejemplo, interesadas en especias; políticas: conquistas de imperios, como los azteca e inca; y religiosas: viajes de peregrinación u orientados a la evangelización. A esto, se sumarán a partir del Renacimiento y, luego, en la Ilustración, las motivadas por el afán de conocimiento, multiplicándose desde entonces las expediciones con fines científicos, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII. En estos años se pone en acción el “Grand Tour” en Europa, cuyas actividades constituyen, según Luis Garay Tamajón, el “fenómeno precursor del turismo”. Además de las expediciones organizadas por esta institución, se echan a recorrer todo el globo terrestre, los “viajeros ilustrados” o “newtonianos”, quienes navegan en busca de observar y conocer por sí mismos monumentos y ruinas arqueológicas; necesitan “estar allí” para observar costumbres, formas de gobierno, potencialidad económica, creaciones y prácticas sociales; se proponen catalogar, calcular y medir por ellos mismos las temperaturas, la presión atmosférica, las mareas, las alturas, etc. Es el caso, por poner solo algunos ejemplos relacionados con América, de Frezier, La Condamine y Humboldt.

Ya en el siglo XIX, surge un nuevo tipo de navegante: el viajero romántico. Como bien dice Estuardo Núñez:

“Viajeros hubo en todas las épocas, pero el viajero por antonomasia, desinteresado y libre, espontáneo y ameno, sólo aparece a comienzos del siglo XIX. (...) La noción de lejanía incita a viajar por mares y por tierras ignotas, distantes y desconocidas, y a descubrir nuevas circunstancias de vida y aventura, acontecimientos imprevistos o vivencias inesperadas. Desde los centros de activa civilización europea en donde la frescura de la vida se ha marchitado, el romántico descontento se desplaza en busca de la vida primigenia o el paisaje y la vida distinta y varia.” (Núñez, 2013: 20).

De este modo, los viajeros románticos, a menudo en asociación con los demás tipos de navegantes, se echan a recorrer la tierra de un confín a otro. Esta impronta hace que algunos botánicos, geógrafos, arqueólogos, de una u otra manera, se dejen ganar por la aventura; o al revés: que los viajeros sin ningún motivo especial empiecen a hacer recuentos de valor científico o etnológico, lo cual se advierte en muchos relatos, que combinan observaciones científicas y sociales, aunque a veces presenten caracteres y tipos humanos idealizados, historias asociadas a leyendas, referencias de ciudades míticas, mezcladas a peripecias en la que se arriesga la vida.

Para circunscribirnos al Perú, podemos mencionar los testimonios de Antonio Raimondi, Charles Wiener, Robert Proctor, Alcides D’Orbigny, J. Jakob von Tschudi y una legión de otros menos conocidos, que han legado registros de su paso por las pampas, desiertos, cordilleras y selvas, como también de algunas ciudades del Perú, país que desde la etapa de la conquista se convirtió en un lugar de leyenda, de riquezas fabulosas y de civilizaciones enigmáticas. Y si bien, por su lejanía, debido a los deficientes medios de comunicación, no se convirtió en un lugar de visita frecuente –para venir de España al Perú, usando los barcos de la época, el viaje podía durar fácilmente dos meses–, por otra parte, gracias a esta dificultad para su acceso, las leyendas sobre sus riquezas se acrecentaron, y ya no solo se usaba la frase “vale un Perú” para ponderar una riqueza fabulosa, sino surgían otras como “más lejos que Lima”, para aludir a algo remoto, situado en lo más recóndito del mundo.

En el siglo XX, con la especialización científica y las formas de obtener información

de base, gracias a metodologías cada vez más numerosas y mecanizadas –el científico no necesitaba como antes ir él mismo a recoger las muestras botánicas, zoológicas o geológicas–, la ciencia se hace más impersonalizada, se reducen los desplazamientos de los científicos, de modo que los viajes que obedecían a estas razones empiezan a disminuir. A ello se suma el hecho que los medios de comunicación, cada vez más adelantados, masivos y accesibles, van relegando el sentido de aventura, en su sentido más estricto, a su mínima expresión.

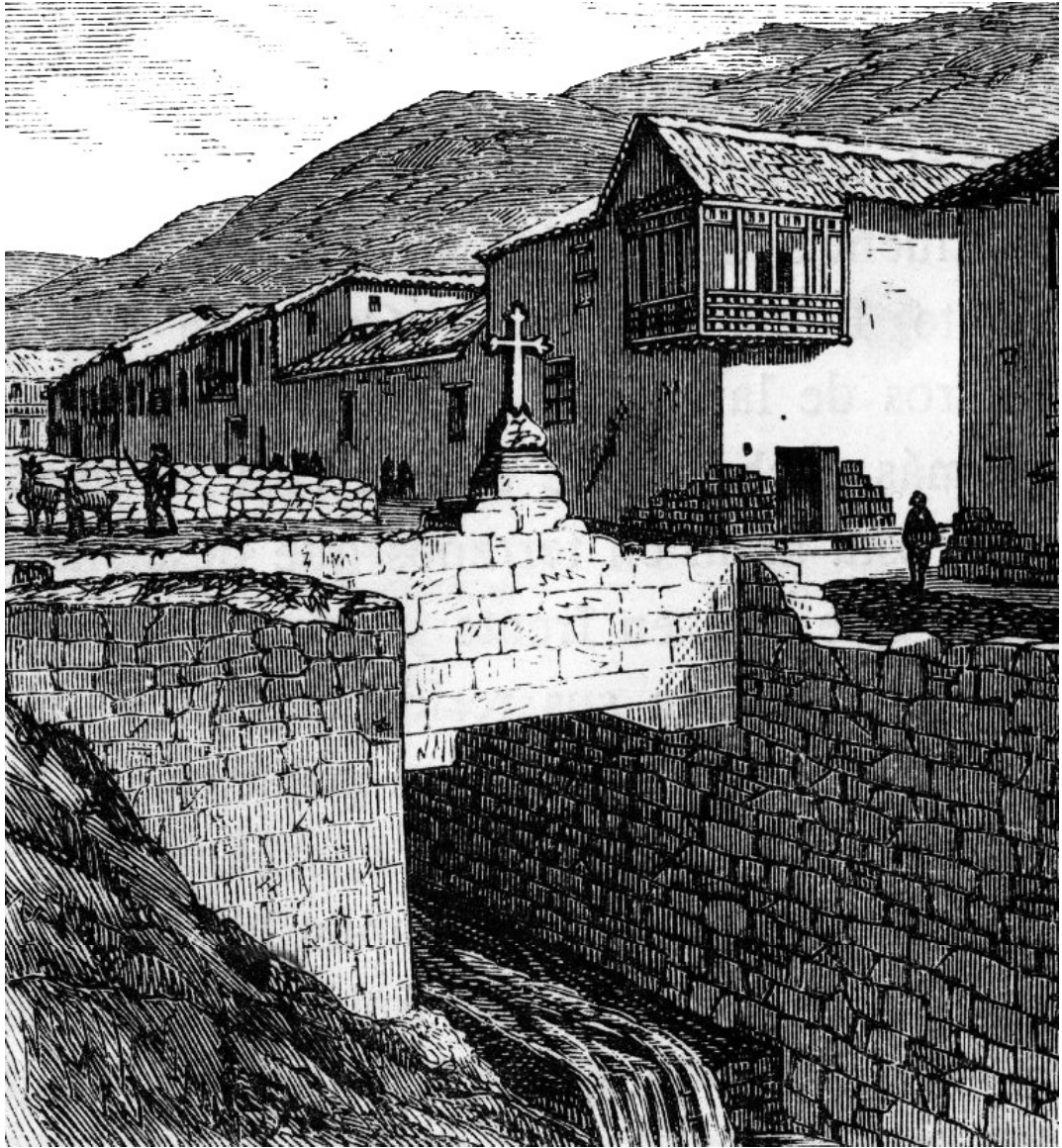
Sin embargo, paralelamente a esta reducción de viajeros con el fin de descubrir realidades exóticas o simplemente diferentes, se fue ampliando el número de quienes aspiraban y podían realizar viajes por razones de descanso o recreación, hasta convertirlo en una práctica masiva. ¡Es la hora del turismo!

Literatura e imaginarios

Al inicio de la historia, los hallazgos de los primeros viajeros dieron lugar a relatos orales, en los cuales la descripción de ámbitos desconocidos, diferentes, estimulaba la imaginación de quienes circunscribían su vida a los lugares de costumbre, y vivían a través de las experiencias del narrador lo que soñaban hacer pero se lo impedían las obligaciones cotidianas.

Con la invención de la escritura, el registro de estas experiencias dio paso a expresiones culturales y materiales más elaboradas. Los relatos, entremezclados a menudo con creencias, costumbres y leyendas, integraban aspectos de historia, geografía, literatura. Con el correr del tiempo, estas expresiones irán adquiriendo autonomía.

El relato de las expediciones de Heródoto y Estrabón, constituyen una de las fuentes de la aparición de la historia, como forma literaria primero y como ciencia después. Siglos más adelante, los escritos de Marco Polo e Ibn Batuta, en los siglos XIII y XIV –entre los más célebres casos ya en el fin de la Edad Media–, fueron usados como cuadernos de navegación y derroteros para incursiones comerciales, pero a la vez estimularon la imaginación de los hombres de la época y de muchas generaciones posteriores. Es el caso, por ejemplo, de Ítalo Calvino, quien en el año 1972 publicó *Las ciudades invisibles*, libro que recrea de manera fantástica el viaje de Marco Polo a la corte de Kublai Kan.



Puente a la altura de la Iglesia de Santa Teresa, Cusco (Grabado de George Squier)

El registro de las expediciones o desplazamientos por razones de guerra, mercantiles o de cualquier otra índole, provocaban la emulación de las experiencias de viaje: más y más hombres se aventuraron a recorrer el mundo en busca de novedades. A medida que las sociedades se van tornando más complejas y se van perfeccionando los medios de comunicación, sobre todo los marítimos –que permiten los viajes a grandes distancias–, el mundo se va abriendo y sacando a la luz nuevas formas de organización social, costumbres y manifestaciones culturales, razón por la cual las motivaciones para viajar se van diversificando.

De esta manera, se producen libros de aventuras, novelas y crónicas diversas, que estimulan el ansia de viajar a destinos inciertos pero excitantes. *La Odisea*, los viajes de *Simbad el Marino* en las *Mil y una noches*, *Los viajes de Gulliver*, *Robinson Cru-*

soe, y mil textos más, son creaciones esenciales de la cultura occidental.

El siglo XIX, la época del auge de los viajeros románticos, convierte los libros de viaje en un género literario muy fecundo, que dio lugar a lecturas sabrosas y cautivantes, y alimentó la conformación de imaginarios que serán muy bien aprovechados posteriormente por el turismo, cuando los viajes se masifiquen y se conviertan en un negocio rentable. En el Perú, los relatos de los viajeros, franceses e ingleses principalmente, fueron fundamentales para la configuración de estereotipos subsistentes por décadas. El pintoresco aire morisco de Lima, debido a su arquitectura y el encanto de sus mujeres, las riquezas perdidas de los incas, las ciudades donde el oro recubre las casas y aún las calles, producto de los escritos de Max Radiguet, E. Squier, Clements Markham y muchos otros viajeros, enriquecieron las tradiciones de Ricardo Palma.

A este no le interesaban las observaciones de los viajeros sobre Lima y el país, que conocía mejor que cualquiera de ellos, sino sus impresiones, su manera de asimilar las creencias y leyendas populares, materia prima para reconstruir una Lima idealizada, un imaginario, que legó a las generaciones futuras, a manera de una refundación ilusoria, tal como ingeniosamente lo expresó Raúl Porras Barrenechea: *“La ciudad (Lima) la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma”*.

A principios del siglo XX, se sumaría a las imágenes forjadas en torno a la cultura, personajes, paisajes e historia del Perú, el descubrimiento de Machu Picchu, verdadero portento de ciudadela prehispánica y, más adelante, las líneas de Nazca, la ciudadela de Chan Chan, y huacas aquí y allá, que aun en el siglo XXI no cesan de ofrecer nuevas muestras de las civilizaciones que florecieron en nuestro territorio. Asimismo, en este siglo, aparecería un nuevo tipo de viajero: el turista.

En *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú*, Estuardo Núñez, comparándolo con el viajero del siglo XIX, afirma:

“La celeridad de las comunicaciones y la complejidad de la vida moderna ha determinado, de otro lado, el surgimiento del viajero turístico. El turista ofrece a veces expresiones literarias de este tipo, caracterizadas por la superficialidad irresponsable. Para el turista, aunque parezca paradójica, tampoco es el viaje un fin en sí, y acaso sólo es un pasatiempo para cubrir el ocio de unas vacaciones de descanso, después de las fatigas de un trabajo intenso o para satisfacer un frívolo placer” (Núñez, 2013: 26)

Viajes turísticos

La sociedad moderna, para cuya aparición convergieron las nuevas formas de producción industrial y la existencia de productores y consumidores que podían concurrir libremente al mercado, así como las expresiones políticas basadas en la libertad individual y la delegación del poder de los ciudadanos a los gobernantes, irá extendiéndose desde el siglo XVIII por toda la tierra, ya sea mediante los abanderados del “progreso”, con Inglaterra a la cabeza, o sufriendolo, como en el caso de los países coloniales de América, Asia, África y Oceanía “descubier-

tos” y conquistados por europeos y norteamericanos.

En la vorágine de producción de mercancías que representó la Revolución Industrial, teniendo al lucro como ideología conductora, todas las expresiones de la cultura, materiales e inmateriales, serán medidas por el rasero de su valor monetario. En función a las leyes del mercado, todo bien, en el que se incluyen desde los utilitarios hasta los denominados productos del espíritu, se convierte en materia de compra y venta. Uno de ellos es la ancestral ansia de viajar, esencial fuente del turismo.

Para que el turismo provoque el mayor desplazamiento de seres humanos en tiempos de paz de la historia, y sea la principal actividad económica de algunos países y fuente de riqueza de grandes conglomerados multinacionales, como lo es ahora, han transcurrido menos de dos centurias. En el siglo XVIII, se trató de una actividad destinada a facilitar los viajes de las personas que estaban en capacidad de pagarse el transporte y los alojamientos de la época, en general, accesibles solo a personas adineradas. En el siglo XIX, el ocio y la necesidad de descanso, uno de los pilares que posibilitan el turismo, casi privilegio de empresarios, industriales y gente adinerada, fue haciéndose accesible a cada vez mayores capas de la sociedad, hasta que a fines del siglo XX se hará masivo y universal.

En la actualidad, en torno al turismo, actúan planificadores, políticos, conservacionistas, artistas, financistas, administradores, publicistas e incontables trabajadores de servicios diversos. Para que esto ocurra, se ha requerido que se consoliden y concurren tres elementos: infraestructura, administración y gestión empresarial; y, sobre todo, lugares que atraigan y materialicen de alguna manera los sueños y aspiraciones de la gente.

La infraestructura comprende, en primer término, los medios de transporte. A fines del siglo XX, gracias a los avances de la ciencia y la tecnología, aviones, trasatlánticos, trenes y vehículos motorizados de todo tipo, se desplazan en cada vez menos tiempo de un confín a otro de la tierra. Paralelamente, los hoteles o alojamientos improvisados, herederos de las antiguas ventas, posadas o mesones medievales, proliferan en todo el mundo en todas las

formas imaginables, de acuerdo a categorías universalmente aceptadas.

En la cúspide, se encuentran gigantes y lujosas edificaciones, verdaderas maravillas arquitectónicas, de 30, 40 y más pisos, que han demandado la aplicación de tecnología de última generación y equipos de diseñadores y constructores. Los servicios complementarios –restaurantes, discotecas, piscinas, locales comerciales, etc.– muestran sofisticados alardes de diseño. En otros casos, se trata de complejos que integran alojamiento y recreación, equivalentes a pequeñas ciudades, ubicados en playas o medios naturales, en los cuales la arquitectura se conjuga con criterios ambientales y paisajísticos. La idea que subyace es que las demandas de recreación y descanso se circunscriban al entorno construido y este sea autosuficiente.

El diseño y la construcción de estas y otras edificaciones, destinadas al alojamiento y la recreación, es tarea natural de arquitectos, cuya práctica se inscribe en una línea especializada que algunos denominan arquitectura hotelera, y otros, en un concepto más amplio, arquitectura turística. Esta última línea se extiende a la infraestructura identificada como urbano monumental, arqueológica, etnográfica, científica, gastronómica, enológica, industrial, ecológica, de parques temáticos, de agroturismo, de deportes de aventura, espiritual, termal o de salud, entre otras muchas formas propias de nuestro tiempo.

Por supuesto que una variedad tan grande de actividades e infraestructuras acordes con ella, demandan una organización y administración que se puede extender a nivel supranacional, constituyendo empresas multinacionales que gerencian cadenas hoteleras distribuidas en todo el mundo. En algunos casos, el Estado interviene de manera directa en la conducción del turismo, cuando la mayor parte de los ingresos de un país dependen de esta actividad, que los publicistas denominan “*industria sin chimeneas*”.

Pero este gran flujo de inversiones materiales y humanas, hoy convertido en una de las actividades más rentables del mundo, solo adquiere sentido con la existencia de atractivos que justifiquen la inversión en tiempo y dinero de los demandantes de este servicio: los turistas. Y aquí es donde la arquitectura juega otro papel, más importante incluso que el de construir la infraes-

tructura hotelera y los servicios y el equipamiento adscrito a ella.

La arquitectura como imán turístico

Como hemos señalado al inicio del artículo, los seres humanos siempre han sentido la atracción de la aventura, de lo distinto, del deslumbramiento ante las obras de las culturas que alcanzaron excelsas realizaciones, en lo cual la arquitectura juega un papel de primer orden. Porque si a partir del aspecto utilitario, como es el caso de la infraestructura para alojamiento y servicios complementarios, se han alcanzado notables obras arquitectónicas, esto representa, en última instancia, un soporte, en tanto que la otra faz de la arquitectura, la artística, asume un papel más trascendente, en la medida que casi no podría concebirse el turismo sin la materialización de representaciones culturales capaces de satisfacer la sensibilidad de los espectadores, de sus ansias de conocimiento, de nuevas vivencias, de ruptura del entorno cotidiano. Aunque cabría precisar que no se trata solo de aspectos estrictamente estéticos, sino de la esencia de la creación arquitectónica: materialización física de los sueños y aspiraciones de una época, de sus ambiciones y creencias sociales, de sus vínculos con la naturaleza y lo sobrenatural, con lo trascendente y lo banal pero deseable.

Esta relación entre aspiración de conocimiento de lo diferente, original y grandioso y la arquitectura como elemento de materialización de una cultura, es lo que da sentido al turismo que algunos denominan cultural, o patrimonial, pero que es mucho más que eso, en tanto que la arquitectura le da sentido a toda forma de vivir humana, pasada y presente.

De allí que, no obstante los cataclismos naturales (terremotos, erupciones volcánicas, maremotos, etc.) y los desastres provocados por los hombres (guerras, incendios deliberados, etc.), subsisten en el mundo inagotables testimonios, provenientes del pasado, de la creación de espacios que siguen tocando la sensibilidad de los espectadores, de formas que sintonizan con los sueños y aspiraciones actuales, y aún las del futuro de la humanidad, lo que es valorado universalmente. Por eso, la UNESCO está empeñada en otorgar el reconocimiento como “*Patrimonio de la humanidad*” o “*Patrimonio mundial*”, a sitios específicos

ARQUITEXTOS 29 ■

del planeta, dentro de los cuales tienen un papel predominante los complejos arquitectónicos y las ciudades. Tal es así que, en el año 2014, de un total de 1007 lugares reconocidos como patrimonio de la humanidad, 779 son culturales, 197 naturales y 31 mixtos.

Si examinamos los criterios para el otorgamiento de esta denominación, la mitad de ellos están relacionados directa o indirectamente con la arquitectura. Si no, veamos cinco del total de diez que lo constituyen:

- I. Representar una obra maestra del genio creativo humano.
- II. Testimoniar un importante intercambio de valores humanos a lo largo de un periodo de tiempo o dentro de un área cultural del mundo, en el desarrollo de la arquitectura o tecnología, artes monumentales, urbanismo o diseño paisajístico.
- III. Aportar un testimonio único o al menos excepcional de una tradición cultural o de una civilización existente o ya desaparecida.
- IV. Ofrecer un ejemplo eminente de un tipo de edificio, conjunto arquitectónico, tecnológico o paisaje, que ilustre una etapa significativa de la historia humana.

V. Ser un ejemplo eminente de una tradición de asentamiento humano, utilización del mar o de la tierra, que sea representativa de una cultura (o culturas), o de la interacción humana con el medio ambiente especialmente cuando éste se vuelva vulnerable frente al impacto de cambios irreversibles.

A este patrimonio reconocido por la UNESCO, se le debe sumar un sinnúmero de obras arquitectónicas, conjuntos monumentales y escenarios urbanos que por estar asociados a imaginarios culturales, son un atractivo permanente para los viajeros ansiosos de nuevas experiencias visuales y sensibles.

Debido a su importante atracción para usuarios de todas partes del mundo, a través de la arquitectura se recrea o reconstruye el pasado (en varios casos con mucha imaginación) en sus formas más seductoras para las generaciones presentes. De esta estirpe son los parques temáticos y las reproducciones de ambientes y construcciones dispuestas para que los

turistas den rienda suelta a sus sueños e, incluso, a sus aspiraciones y fantasías. Gracias a ello, viajeros de todas partes del mundo se convierten en legiones de hombres y mujeres que pretenden ver y, más aún, ser parte de los ambientes y escenarios culturales. Eso explica la incontrolable obsesión por tomar –y hacerse tomar– fotografías en todo momento, y en adquirir testimonios físicos de su paso por el lugar.

Nuestro país, reconocido científicamente por su diversidad natural, lo cual representa un sinnúmero de atractivos para el turismo, posee igualmente un rico patrimonio cultural, en que la arquitectura, del pasado remoto y de un ayer no tan lejano, es una pieza clave, que no terminamos de conocer y apreciar los propios peruanos. Esta riqueza, sumada a los imaginarios que emergen de nuestra historia literaria y cultural, apuntan a la necesidad de investigar, rescatar, defender y restaurar nuestras más representativas obras arquitectónicas, con miras a construir una visión integral de nuestra nacionalidad. ■



Referencias bibliográficas

Calvino, Italo (1995). *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Ediciones Minotauro.

Medina Lasansky, D y Brian McLaren (2005) *Arquitectura y turismo. Percepción, representación y lugar*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Lerín Gutiérrez, Manuel (2009). “Arquitectura y Turismo”. En: *Revista de Arquitectura, Urbanismo y Ciencias Sociales*. Hermosillo: Centro de Estudios de América del Norte, El Colegio de Sonora. Vol I, N°3, 1 de abril de 2009.

Núñez, Estuardo (2013). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú*. Lima: Editorial Universidad Ricardo Palma.

Porras Barrenechea, Raúl (2002). *Antología de Lima (1535-1935). El río, el puente y la alameda*. Lima: Fundación Bustamante De la Fuente.

Zamudio Vega, Laura Susana (2012). “La arquitectura en los imaginarios turísticos”. En: *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*. México: Universidad Autónoma del Estado de México, Vol 12, N° 2.